Danzig – Gdańsk: la compleja relación de los desplazados alemanes con su “patria perdida” tras 1945

Danzig – Gdańsk: the complex relation of the German refugees with their “lost homeland” after 1945

Juan Manuel Martín Martín

Universidad de Salamanca
jm.mm@usal.es

Palabras clave: Günter Grass, refugiados, II Guerra Mundial, memoria colectiva, patria perdida, Danzig.

Keywords: Günter Grass, refugees, II World War, collective memory, lost homeland, Danzig.

Caos en suelo europeo: fronteras y desplazados

Tras su derrota en las dos guerras mundiales, Alemania tuvo que hacer frente a graves consecuencias que afectaron a todos los ámbitos del estado. Si el Tratado de Versalles que cerró el primer conflicto ya había supuesto una merma del territorio del Reich¹, la catástrofe militar y humanitaria de 1945 daría lugar a una drástica transformación de las fronteras de Centroeuropa. Millones de personas se verían obligadas a vagar por el continente, constituyendo el mayor desplazamiento humano de la historia contemporánea: entre otros, judíos supervivientes de los campos de concentración, o polacos y alemanes obligados a desplazarse hacia el oeste después de que las regiones que habitaban hubieran dejado de pertenecer a sus países. A diferencia de lo que les ocurría a sus compatriotas establecidos en las zonas de ocupación establecidas por los aliados en la derrotada Alemania, las masas de desplazados que llegaban ahora tenían una característica que suponía un mayor grado de sufrimiento:

Because of their large numbers and widespread distribution across occupied Germany, the expellees were visible victims whose sense of victimhood, however, diffe-

¹ El Reich, convertido ahora en una República, tuvo que asumir la pérdida del 13% de su territorio y el 10% de su población.

red in one crucial respect from that of the rest of the German population: they had lost their homeland. This loss subsequently provided an additional impetus for a collective identity to be formed among refugees and expellees from very diverse countries in Central and Eastern Europe and it remained a potent source of mobilization through the decades. (Von Oppen, 2006, pp. 194-195)

Estar lejos de la tierra natal por imposición diferenciaba a un silesio de un bávaro, o a un originario de Danzig de cualquier habitante del destruido Hamburgo; dicha particularidad se convertiría en un elemento aglutinador que fue más evidente durante los primeros años de la posguerra. De los aproximadamente doce millones de víctimas de las expulsiones² que llegaron a Alemania hasta 1950, un tercio se estableció en la zona este (República Democrática Alemana), unos cuatro millones y medio. De ellos entre 1949 y 1961 en torno a un millón se trasladaron a la parte oeste, en un proceso que fue interrumpido por la construcción del muro. A principios de la década de los sesenta una cuarta parte de la población de la RFA correspondía a los desplazados (Díez/Martín, 1998, p. 118). Las asociaciones en defensa de los intereses de este colectivo fueron prohibidas por las fuerzas de ocupación, de modo que no se pudieron materializar hasta que se constituyeron los nuevos estados alemanes en 1949. En realidad, solo en la Alemania Federal, ya que el otro estado, vinculado a la Unión Soviética, relegó del discurso oficial referencias claras a los expulsados de territorios que ahora habían pasado a pertenecer a países del bloque comunista³. Respecto al desarrollo del afán asociativo de estos grupos, en abril de 1949 se constituye el *Zentralverband der vertriebenen Deutschen (ZvD)* que reúne a diversas asociaciones de la RFA, organización que desembocará en 1951 en el *Bund der vertriebenen Deutschen (BvD)* que ha llegado hasta la actualidad con el nombre de *Bund der Vertriebenen (BdV)*. Incluso durante los primeros años de la RFA los intereses del colectivo se materializaron en un partido político, si bien este tuvo una vida efímera⁴.

² Aún se siguen discutiendo las cifras de *Vertriebene* y *Flüchtlinge* (expulsados y huidos), que según la mayoría de los autores oscilarían entre los doce y catorce millones, de los cuáles aproximadamente dos millones perecieron antes de alcanzar las nuevas fronteras alemanas (Faulenbach, 2002, p. 44). Aquí hemos elegido el término de “desplazados” como aglutinador de los dos conceptos mencionados: los que huyeron ante el avance del ejército soviético y los que fueron expulsados de su patria una vez que se había decidido redibujar las fronteras europeas tras la derrota de Hitler. Se va a utilizar el concepto con un fin práctico para la argumentación de este artículo, sin que se deba relacionar con los diversos estatus administrativos que el derecho internacional asigna los colectivos que son obligados a moverse a causa de conflictos.

³ Incluso la denominación que recibía el colectivo difería de una zona a otra, de modo que el término “Vertriebene”, utilizado habitualmente en el oeste y que refería explícitamente la expulsión forzada, no se podía utilizar en la zona soviética, donde se eligió un término más sutil como era “Umsiedler” que aludía de manera imprecisa a quien ha sido trasladado de un lugar a otro. Incluso este término mucho más comedido se desvaneció en pocos años del universo socialista (Schwartz, 2003, p. 89).

⁴ La traslación política de las demandas del colectivo tuvo una vida efímera. En 1950 surge en Schleswig-Holstein, el Land con mayor porcentaje de refugiados entre su población, el *Bund der Heimatvertriebenen und Entrechteten (BHE)* que conseguirá más del 23% de los votos. Su reflejo en un ámbito estatal llegó de la mano del *Gesamtdeutscher Block/Bund der Heimatvertriebenen und Entrechteten (GB/BHE)* que tras un éxito inicial y la obtención de 27 diputados del Bundestag en

En un primer momento, los millones de desplazados contemplaban como una posibilidad factible el restablecimiento de las fronteras anteriores a 1945 y su consiguiente retorno a su lugar de origen. Sin embargo, esta idea se transformó rápidamente en un deseo vano ante el nuevo reparto de fuerzas en el mapa europeo y la creciente tensión entre los dos bloques. La Guerra Fría hacía imposible las demandas de los refugiados, convertidos ya en ciudadanos de uno de los dos estados alemanes, de modo que su tierra se había de transformar paulatinamente en un espacio que solo existía en su memoria. Por otro lado, en una sociedad cada vez más liberal y pragmática como era la de la RFA, la insistencia en demandas territoriales de los colectivos de refugiados era percibida de inmediato como "revanchismo" (Noack, 2002, p. 38). En muchos casos, su voz fue aprovechada por los sectores de la derecha y ultraderecha, algo de lo que se lamentaría Günter Grass cuando se decidió por fin a escribir en 2002 una obra con la que trataba de saldar su deuda con un colectivo al que él mismo pertenecía, ya que era originario de la ciudad de Danzig⁵. Él, como la sociedad de la Alemania reunificada tras 1990 en su conjunto, había experimentado un cambio ostensible en lo relativo a la percepción de ciertos aspectos de la traumática historia reciente.

Danzig, denominada Ciudad Libre de Danzig a partir de la derrota alemana en la I Guerra Mundial, es uno de los territorios que como consecuencia de los acuerdos de los aliados en la Conferencia de Postdam y la previa reunión en la Conferencia de Yalta pasará a integrarse después de 1945 en Polonia, cuyas fronteras también serán redefinidas. A diferencia de lo sucedido durante siglos, en esta ocasión se decidió impedir la convivencia de alemanes y polacos que habían compartido tradicionalmente espacio en regiones como Silesia, Pomerania o la Prusia Oriental. Ya en marzo de 1945, es decir, unos meses antes de que Alemania fuera derrotada por completo, el gobierno polaco declaró el Voivodato de Danzig y envió un primer grupo de funcionarios para organizar la administración (Loew, 2011, p. 231). A partir del mes siguiente comenzó la expulsión de los habitantes alemanes de la ciudad hacia el oeste, por miles y en condiciones que se asemejaban a algunos de los episodios más negros de lo que se acababa de vivir en el continente: "A partir de julio de 1945 se transportó a decenas de miles de personas en vagones de mercancías. Solo podían llevar consigo equipaje de mano y durante un viaje agotador a través del «Salvaje Oeste polaco» que duró varios días, fueron con frecuencia víctimas de asaltos⁶ (Loew, 2011, p. 232). Ellos, como los silesios o los *Sudentendeutschen* no serían precisamente bien recibidos por sus compatriotas en la Alemania administrada por los vencedores. En un paisaje desolador de hambre, humillación y ruina donde no quedaba espacio para

1953, acabaría desapareciendo en la siguiente legislatura al no alcanzar siquiera la barrera del 5% (Díez/Martín, 1998, p. 90).

⁵ Se trata de *Im Krebsgang* (A paso de cangrejo).

⁶ Se incorporan como notas a pie de página los textos alemanes citados de los cuales no existe una versión en español. En estos casos, la traducción ha sido realizada por el autor de este artículo. "Ab Juli 1945 wurden mit Güterzügen viele zehntausend Menschen abtransportiert. Sie durften nur Handgepäck mitnehmen und waren auf der mehrtägigen strapaziösen Fahrt durch «Polens wilden Westens» nach Deutschland vielfach Opfer von Überfällen".

la solidaridad, aquellos millones de expatriados eran vistos como un competidor en la lucha por la difícil supervivencia.

El tema de los desplazados y el recuerdo del paraíso perdido

Para todos, para los alemanes que seguían en su tierra y para todos aquellos que habían huido o habían sido expulsados, quedaban lejos los tiempos previos a la guerra y los sueños de triunfo con que los había contagiado el *Führer*. Nada volvería a ser como antes: el escenario actual lo constituían los muertos, los prisioneros de guerra, la industria destruida, el patrimonio cultural arrasado, la precariedad y un profundo sentimiento de humillación que compartía gran parte de la población. Lo cierto es que inicialmente la mayoría de los alemanes se veían a sí mismos como víctimas de lo sucedido; esto era verdad en parte, al menos si se tenía en cuenta este momento concreto del relato histórico. Sin embargo, su sufrimiento había de ser valorado en un contexto más amplio, donde debían ser asumidas las propias responsabilidades en lo sucedido. Ese proceso no iba a ser fácil, tampoco breve y, en cierto modo, sigue abierto en la actualidad; la comunidad internacional se ha mantenido siempre vigilante en el modo en que Alemania se ha relacionado con su propio pasado, terciando a menudo en los debates públicos que se han desencadenado a lo largo de los años.

La consideración de que en el país de los culpables no podía haber a su vez víctimas determinó en gran medida tanto la percepción pública de los desplazados como su modo de actuar en sociedad. Tanto la primera como la segunda generación tuvieron que afrontar las consecuencias psicológicas derivadas de su particular idiosincrasia en el mundo al que habían sido trasplantados. Sobre todo para los primeros, el vínculo con la tierra de origen había de acompañarlos a lo largo de toda la vida. Esta relación se atenuaba entre los más jóvenes, sin embargo, la familia en su conjunto experimentaba una dolorosa dualidad entre la vida pública y privada: “Se trataba de una vida entre la tristeza en el hogar y el mundo exterior que no quería saber nada de esa tristeza, entre una asimilación absoluta y una marginación excluyente”⁷ (Kossert, 2008, p. 327). Si entre los niños la pérdida de la patria de la que permanentemente oían hablar en casa producía la sensación de alteridad y falta de raíces, para los progenitores el trauma de aquella pérdida habría de convertirse en un elemento consustancial de su personalidad del que difícilmente podrían desprenderse.

Más allá de la posible y probable integración exitosa en la sociedad de acogida, la imagen de la tierra perdida perduraría en la memoria de los desplazados, por mucho que estos fueran conscientes de que el retorno era una quimera. Con el paso del tiempo, una vez que habían construido su vida lejos de su lugar de nacimiento, probablemente la mayoría ni siquiera tenía ya interés en recuperar aquella vida de la que habían sido expulsados. Aun así, la imagen idílica de aquel paraíso robado seguiría ocupando un lugar prominente en su memoria. Muy

⁷ “Es war ein Leben zwischen der Trauer zu Hause und der Welt draußen, die nichts wissen wollte von dieser Trauer, zwischen extremer Anpassung und einsamer Ausgegrenztheit”.

pronto, ya desde la década de los cincuenta, si bien de forma más intensa tras 1989, algunos se atrevieron a acercarse a sus antiguos hogares en el contexto de los denominados *Erinnerungsreisen* (viajes del recuerdo) o *Heimatreisen* (viajes a la patria). El testimonio de muchos de los que regresaban de los viajes nostálgicos por tierras que ahora formaban mayoritariamente parte de Polonia, se enfrentaban al hecho consumado de que las gentes con las que habían compartido su vida en el pasado habían desaparecido de aquel escenario. Por mucho que se decidieran a hacer una incursión en su antigua vivienda, su escuela, o incluso el cementerio donde reposaban sus antepasados, de los rostros y las voces de antaño no quedaba nada. De ahí que las referencias a la naturaleza abundan en los escritos de aquellos viajeros, la naturaleza como el único elemento de la patria perdida que permanece inalterado (Felsch, 2015, p. 168).

Los viajes no tenían una función reivindicativa, sino que trataban de satisfacer la necesidad de volver a observar los paisajes anteriores a la guerra, de los que se habían despedido a duras penas en un contexto de muerte y destrucción. ¿Con qué finalidad? Como planteaba en los años setenta el periodista Hermann Schreiber, él mismo inmerso en una de estas incursiones, no se trataba tanto de reencontrarse con lo que se había perdido, sino más bien de una búsqueda de lo que aún perduraba: "nuestro pasado, un pedazo de la historia viva" (Schreiber, 1977, p. 151). La memoria colectiva, elemento esencial en la construcción de la propia identidad, estaría a su juicio detrás de muchos de aquellos viajeros que retornaban:

¿Podría ser que cientos de miles en este país hayan salido a buscar su identidad nacional, en la senda que los conduzca a su raíces – en realidad no por nostalgia y en de ningún modo por revanchismo, en absoluto de una forma reflexiva, sino por el anhelo de encontrar su origen?⁸ (Schreiber, 1977, p. 151)

Del polémico "revanchismo" se encargaban las asociaciones de desplazados con sus proclamas, de modo que sí es probable que este no se encontrara entre los objetivos de quienes individualmente se acercaban hasta ciudades o aldeas donde habían nacido. Ahora bien, es mucho más difícil sostener que entre sus motivaciones no estaba un profundo sentimiento de nostalgia; de hecho, uno de los nombres que recibieron estos viajeros era el de *Heimweh-Touristen* (turistas de la nostalgia). Para muchos, estas incursiones en sus regiones natales supondrían una confirmación de la tristeza por el destierro impuesto; para otros, el estado de sus ciudades o la desaparición de sus antiguos hogares servirían quizá para valorar en su justa medida la tierra mitificada que habían ido conformando en su cabeza. De tal forma que a algunos les ayudaría a desmitificarla, mientras que para otros el efímero retorno al hogar reforzaría aún más los presupuestos con los que habían acudido hasta allí. En muchos casos, esta visita representaba la culminación de un anhelo aplazado durante toda la vida, constituyendo la meta

⁸ "Kann es sein, daß Hunderttausende hierzulande sich auf die Suche gemacht haben nach ihrer nationalen Identität, auf den Weg an die Wurzeln – nicht eigentlich nostalgisch und schon gar nicht revanchistisch, wohl überhaupt nicht rational, sondern im Verlangen nach Herkunft?"

en sí misma: “Ahora que ya lo he vuelto a ver, ahora estoy satisfecho”⁹ (Anónimo, 2008). Sea como fuere, el componente identitario parece preeminente tanto para la primera generación como para la de sus descendientes, pues con el regreso a los orígenes se trata de completar el mapa memorialístico de la familia.

Más allá de posicionamientos políticos o ideológicos, los testimonios conservados de aquellos viajes a territorios que habían dejado de ser Alemania muestran con frecuencia la conciencia de que ese lugar perdido era una suerte de paraíso natural, cuyas virtudes fueron desvencijadas como consecuencia de la llegada del ejército enemigo (Felsch, 2015, p. 170). La imagen idealizada que muestran los viajeros de sus regiones supone una base imprescindible para la mitificación de un tiempo irrecuperable que, en realidad, no es tan lejano. En consonancia con el discurso habitual de los desplazados, el relato de quienes se animan a visitar estos lugares está falto de contextualización; es decir, el dolor inherente a la pérdida de la patria se relaciona de manera difusa con una derrota, con un ejército ruso que destruyó su modo de vida, sin precisar cuáles son las causas últimas del desastre. Así pues, quienes recuerdan su tierra como un lugar harmónico destruido por la expulsión y la huida, suelen obviar los acontecimientos que precedieron a ese momento (Felsch, 2015, p. 171). Más allá de cuál sea el recuerdo que prevalece en la memoria de los desplazados, la ruina del mundo idílico en las zonas alemanas que dejan de serlo tras 1945 no comienza con la cercanía de los ejércitos enemigos en la fase final de la guerra, sino que muchos años antes, ya con la llegada en 1933 de Adolf Hitler al poder, se inicia la implantación de medidas discriminatorias que en los casos más extremos conducirán incluso al genocidio. Estos aspectos, que ponen de manifiesto el sufrimiento previo a la pérdida de la patria y los detalles que condujeron hasta allí, representan elementos discordantes con la idealización que muchos eligen como imagen que debe ser preservada en la memoria colectiva.

Precisamente Günter Grass, al que nos referiremos ampliamente a continuación, adopta una postura contraria a esta estilización del pasado sostenido por una falta de contexto¹⁰:

También yo perdí en 1945 un pedazo insustituible de mi origen: mi ciudad natal, Danzig. Y tampoco a mí me resultó fácil encajar la pérdida. Para conseguirlo tuve que repetirme una y otra vez cuáles habían sido las causas incuestionables de aquella calamidad: la arrogancia y la inhumanidad de los alemanes, su obediencia ciega, aquella soberbia que, contra la ley, elevó el “todo o nada” a la categoría de voluntad nacional alemana y, finalmente, cuando todo quedó sepultado ya bajo un manto de dolor, se negó a ser consciente de la nada. (Grass, 1999, p. 115)

La descontextualización, pecado en el que como pone de manifiesto la cita anterior no cae el escritor alemán de Danzig, tiene una consecuencia directa en la percepción de los expulsados respecto a quién es el responsable de su pérdida

⁹ “Jetzt habe ich es noch einmal gesehen, jetzt ist es gut”.

¹⁰ La cita pertenece a un artículo titulado “Vergüenza y oprobio”, publicado con motivo del cincuenta aniversario del comienzo de la II Guerra Mundial.

de la patria y los consiguientes sufrimientos que esta conllevó: desde la propia experiencia de la huida o deportación hasta los desafíos que trajo consigo la integración en un nuevo medio. Sin tener presente el contexto en el que tuvieron lugar los hechos que los convirtieron en desplazados sin posibilidad alguna de retorno, se hace muy difícil valorar adecuadamente las relaciones causales¹¹.

Günter Grass: el reencuentro con el pasado

Más arriba se ha hecho referencia a la doble vertiente de culpable y víctima del pueblo alemán en la guerra, una dicotomía que será mencionada de forma explícita por el por entonces ya Premio Nobel de Literatura Günter Grass en sus reflexiones sobre los refugiados a raíz de la publicación de su novela *A paso de cangrejo* (2002). Esta es la primera obra en la que el autor considera que se ha ocupado adecuadamente de un tema que, a su modo de ver, había sido desatendido en los sectores más progresistas y de izquierdas de la sociedad¹². Entona un *mea culpa* en relación con su supuesta negligencia en el tratamiento del tema de los refugiados alemanes expulsados de su tierra tras la guerra, un hecho inédito que encontrará un eco destacado en el debate público alemán. El escritor llega incluso a hablar de tabú, en el sentido de que el tratamiento de ciertos episodios de la historia contemporánea alemana había sido frenado porque estos se consideraban vinculados a posturas revanchistas o, incluso, revisionistas. A pesar de la afirmación de Grass, originario de Danzig/Gdańsk y que había sido obligado a abandonar la ciudad tras la guerra al igual que su familia, la imagen de su tierra natal y el trauma inherente a la expulsión han dejado un rastro evidente en su obra ya desde su magistral novela inicial *El tambor de hojalata* (1959). Él, al igual que otros autores de su generación como Heinrich Böll o Hans Magnus Enzensberger, se había dedicado a confrontar a la sociedad con su silencio respecto al pasado nazi; mientras tanto, el discurso de las víctimas era asumido por la derecha política e intelectual (Schmitz, 2004, p. 265). Es paradójica la afirmación de Grass de que ha vivido con un "punto ciego" en su recuerdo (Schmidt 2002), puesto que

¹¹ De los casi cuatrocientos escritos de desplazados (o descendientes de estos) que viajan a los antiguos territorios alemanes entre 1970 y 1990 analizados por Corinna Felsch, apenas en un tres por ciento se establece una conexión entre la pérdida por parte de Alemania de sus territorios más allá de la frontera Oder-Neiße y el Nacionalsocialismo o la guerra. Otro tres por ciento, que sí establece una conexión entre la derrota en la guerra y el cambio de las fronteras no hace consideración alguna sobre quién fue el promotor del conflicto bélico (Felsch, 201, p. 176). De modo que en el recuerdo que se despierta y reconstruye a partir de la visita a la patria no ocupa un espacio relevante el marco causal en el que se encuadra la traumática experiencia vivida por sus familias.

¹² La novela *Im Krebsgang - A paso de cangrejo -* se cita frecuentemente, junto con el ensayo *Luftkrieg und Literatur - Sobre la historia natural de la destrucción -* (1999) de W. G. Sebald y la obra *Der Brand - El incendio -* (2002) de Jörg Freidrich, como prueba de que se estaba produciendo un cambio de paradigma en la percepción del sufrimiento alemán durante la II Guerra Mundial. El caso de Günter Grass es particularmente relevante, ya que él había sido durante décadas una voz central del pensamiento de la izquierda alemana y sus opiniones en los debates históricos y políticos siempre habían tenido un peso destacado.

precisamente su vida, en particular la literaria, no se pudo desembarazar nunca de determinados episodios del pasado que marcaron tanto su existencia como la de la propia nación alemana.

En realidad, tratar el tema de los refugiados y la deportación suponía tanto en la RFA como en la RDA un “número en la cuerda floja” (Kossert, 2008, p. 274), pues, si bien no estaba prohibido, discrepaba del discurso político público. Cuando Willy Brandt, primero como Ministro de Asuntos Exteriores (1966-1969) y luego como *Kanzler* (1969-1974), impulsó una nueva política de la RFA hacia el este de Europa, se encontró ostensiblemente la discusión con las organizaciones que representaban oficialmente a los refugiados. Como estos pertenecían a sectores ideológicos situados en el extremo opuesto, figuras como Günter Grass se consideraron en el deber de expresar su postura en ese debate. En su poema *Kleckerburg* de 1967, el autor muestra a las claras su posición contraria al discurso que caracterizaba a los colectivos de desplazados (Kossert, 2008, p. 275). Años después, en una coyuntura distinta, quedará claro que la relación del escritor con su propia naturaleza de desplazado se ha visto determinada en gran medida por su posición política. Él, al igual que debía ocurrirle a la mayoría de los que habían sido expulsados, se veía obligado a combinar su trauma pasado con las circunstancias del presente. Cuál de los dos elementos se supeditaba al otro variaba en función de los divergentes planteamientos ideológicos y determinaba la posición personal.

De la inestabilidad de los recuerdos, que como puso de manifiesto Maurice Halbwachs (1877-1945) se construyen condicionados siempre por las circunstancias del presente, es consciente Grass y se sirve a menudo en sus textos de la labilidad de la memoria. Así lo reconoce en la obra autobiográfica *Pelando la cebolla* (2006), donde se centra en los primeros años de su vida y dedica un espacio fundamental a la etapa en Danzig, que manifiestamente representa una base determinante para el resto de su vida:

La cebolla tiene muchas pieles. Existe en plural. Apenas pelada, las pieles se renuevan. Cortándola, hace saltar las lágrimas. Sólo al pelarla dice la verdad. Lo que ocurrió antes y después de terminar mi infancia llama a la puerta con hechos y transcurrió peor de lo deseado, quiere ser narrado unas veces así y otras así, e induce a contar historias embusteras. (Grass, 2007, p. 11)

Bastaría con escoger simplemente tres puntos paradigmáticos de la carrera del autor para apreciar la trascendencia de los años vividos en su ciudad natal: sus inicios como novelista, su primer texto tras la reunificación de Alemania en 1990 y el primero tras la obtención del Premio Nobel de Literatura en 1999. Tanto *El tambor de hojalata* (1959), como *Malos presagios* (1992) y *A paso de cangrejo* (2002) revelan la trascendencia que el trauma de la expulsión de la ciudad hanseática tiene en el mundo literario del autor¹³. Obviamente, el significado de Danzig y

¹³ La última de las novelas aborda esta cuestión centrándose específicamente en el trauma de la huida al final de la guerra y las consecuencias que esto tendrá para tres generaciones de la misma familia. En este caso no aparece tematizada la relación con la patria perdida, ni la añoranza de

su pérdida difiere de un texto a otro, del mismo modo que divergen los contextos socio-históricos en los que las obras son publicadas. Para comprender algunos de los cambios en la percepción de la experiencia de los refugiados, se ha de tener en cuenta la actitud prevalente en la sociedad, pues esta había optado por el silencio respecto al propio sufrimiento para compensar el silencio respecto a su culpabilidad (Schmitz, 2004, p. 264)¹⁴. Es decir, cuando Günter Grass, a la edad de 75 años, afirma que por fin ha encontrado el momento para ocuparse del capítulo de las expulsiones masivas de alemanes al final de la guerra, no ha necesitado armarse de valor para contrarrestar un discurso predominante contrario como quizá ocurriera en otros tiempos. En realidad, y pesar de la sorpresa que tanto su obra como sus declaraciones puedan causar, no hace más que responder al interés de una sociedad que demanda un nuevo relato del siglo XX que sea más ecuánime y equilibrado.

Danzig/Gdańsk: el (im)posible retorno al paraíso

En cualquier caso, una década antes de que Grass se convierta en defensor público de la memoria de aquellos millones de refugiados alemanes como consecuencia de la repercusión pública de su obra *A paso de cangrejo*, ya su novela *Malos presagios* (1992) elegía como protagonistas a dos ancianos cuyo destino se cruzaba en la ciudad de Danzig. Este representa el enésimo retorno del escritor a su ciudad, el lugar al que sus textos parecen conducirlo inevitablemente una y otra vez. A través de una polaca y un alemán se pondrá de manifiesto un dolor transnacional cuya dimensión afecta a toda Europa: esta es claramente una elección acertada, si se tiene en cuenta el momento que atravesaba el continente a principios de los años noventa y las muchas reservas que la nueva Alemania reunificada suscitaba entre los estados que habían sufrido sus desmanes en la primera mitad del siglo. Además de presentar la experiencia de la expulsión y el dolor de los refugiados como una experiencia compartida por muchas naciones, el autor se servirá de la ironía, incluso el sarcasmo, para evitar cualquier reproche que pudiera acusar a la novela de querer poner en cuestión un discurso sobre el pasado consensuado a lo largo del tiempo.

La carga irónica implica un distanciamiento evidente del plan que los protagonistas de la novela llevarán adelante: dar la posibilidad a quienes fueron expul-

una vida anterior al desastre, ya que la atroz experiencia inherente a la escapada se establecerá como una losa en la memoria familiar. Por otro lado, esta obra sí trata la cuestión de la relación entre el victimismo y la culpabilidad de los propios alemanes y cómo las diferentes generaciones se enfrentan a ambos aspectos como claves para interpretar su propio pasado.

¹⁴ Estas serían tendencias genéricas, ya que la relación entre el discurso victimista y el culpabilizador irá divergiendo a lo largo de las diversas etapas que se van sucediendo a partir de 1945. Así, el tema del propio sufrimiento ocuparía un espacio predominante hasta la década de los sesenta, mientras que a partir de la que Norbert Frei denomina "fase de superación del pasado" (Frei, 2009, pp. 98-101) el relato de la culpa y la responsabilidad en los crímenes del Nacionalsozialismo ocupará paulatinamente el centro del discurso sobre el pasado.

sados de Danzig tras la guerra de que vuelvan a la ciudad para ser enterrados¹⁵. Esto, como se pondrá de manifiesto una vez que se haga público el proyecto, permitirá satisfacer la última voluntad de un enorme número de ancianos originarios de la ciudad, así como la de muchos ya fallecidos y que siempre habían expresado este deseo: “Desde luego, para hacerlo [el traslado] se basaban en los deseos expresados durante su vida, que trataban de realizar siempre con la misma frase de querer tener su último reposo donde habían nacido” (Grass, 1992, p. 136). El plan, promovido por dos personas que comparten la experiencia de haber sido expulsados de su patria, es más ambicioso, puesto que implica el derecho de los polacos expulsados de Vilnius (Lituania)¹⁷ de reencontrarse con su tierra para el descanso eterno: “Lo mismo que a los alemanes, habrá que reconocer a los polacos el derecho de los muertos a regresar a su tierra. ¡Es un derecho humano que no conoce fronteras!” (Grass, 1995, p. 50). Para el deportado, esta se presenta como la última salida, de tal forma que la muerte le brinda la posibilidad postrera de volver a un lugar que nunca se quiso abandonar; este anhelo se convierte ahora incluso en un derecho básico (Cifre/Martín, 2013, p. 289). El cementerio, como lugar de reposo eterno, adquiere un protagonismo particular, pues no solo se convierte en espacio de transición entre una vida y otra, sino también entre dos contextos históricos irreconciliables.

En la posguerra, con la destrucción de los cementerios alemanes de Danzig (*Vereinigte Friedhöfe*), las autoridades polacas dejan claro que estos constituían un emplazamiento que no estaba al margen de los cambios históricos. De tal forma, que la posibilidad de su resurgimiento solo puede ser asumido tras los cambios que trae consigo el fin de la Guerra Fría. La eliminación de aquellos camposantos implica la supresión de un vestigio que habría supuesto un nexo muy relevante entre la generación de los refugiados y sus antepasados¹⁸. Sin embargo, este

¹⁵ Más allá del modo en que la novela presenta el tema para evitar suspicacias, la cuestión de los cementerios alberga una enorme carga sentimental para una gran parte de los desplazados. Como refleja Corinna Felsch en su estudio de los informes de cientos de alemanes sobre sus viajes a la antigua patria, uno de los temas más mencionados es precisamente el de los camposantos (Felsch, 2015, p. 183).

¹⁶ El proyecto se llevará a cabo, pero terminara derivando en iniciativas que solo buscan el beneficio económico y están muy alejadas de la idea altruista inicial. Una de las consecuencias inmediata será que Alexander Reschke y Alexandra Piątkowska, los protagonistas, se aparten decepcionados de la iniciativa y considerando que en realidad su idea carecía de sentido.

¹⁷ Vilnius formaba parte de Polonia, pero tras el movimiento de sus fronteras hacia el oeste como consecuencia de las demandas de Stalin en las Conferencias de Yalta y Postdam, pasará a pertenecer a Lituania y, consecuentemente, a estar integrado en la Unión Soviética. Esta doble demanda, de alemanes y polacos, que plantea la novela no hace más que acentuar el deseo del autor de encuadrar los hechos en un contexto que trascienda la experiencia de la población alemana expulsada de Silesia, Pomerania, los Sudetes, la Prusia Oriental o la Ciudad Libre de Danzig, aparte de las comunidades que vivían a lo largo y ancho de Europa en países como Rumanía o Hungría.

¹⁸ La destrucción de los cementerios en los antiguos territorios no se llevó a cabo con el mismo rigor en todas partes, de modo que en ocasiones los camposantos fueron respetados. Se convierten así en una prueba fehaciente de quiénes vivían allí en otro tiempo y, a la vez, en un foco de atracción para aquellos que tienen interés en visitar lo que en otro tiempo fue Alemania. Los cementerios,

aspecto no es tenido en cuenta en la novela, pues los supervivientes alemanes de la guerra nacidos en Danzig acudirán por miles a la llamada que les ofrece la posibilidad de ser sepultados en su ciudad. Ese retorno, imposible durante su vida - y en cierto modo carente de interés -, cobra sentido en el momento de la muerte; se trata más de volver a Danzig para saltar desde allí al paraíso celestial que de la conquista de la tierra perdida en 1945.

Es muy probable que algunos refugiados, acompañados de toda discreción, pidieran a sus descendientes que se encargaran de llevar sus cenizas a una añorada patria de origen. Lejos de la resonancia y la institucionalización que se presenta en la novela de Grass, para muchos debió permanecer siempre una herida abierta vinculada a la pérdida de la propia herencia cultural. Más que una tierra prometida, aquel mundo representaría una tierra añorada que físicamente seguía existiendo, pero que había sido privada de los referentes que en otro tiempo la caracterizaban. Quizá el más relevante de ellos fueran las gentes que ya no vivían allí y sin las cuales difícilmente podían seguir considerándola una patria (Schreiber, 1977, p. 150).

La investigadora alemana Aleida Assmann considera que los lugares están constituidos por una doble dimensión: por un lado, la que permanece en la memoria y está vinculada al pasado (*Ort*) y, por otro lado, la realidad actual del lugar que tiene una proyección hacia el futuro (*Raum*) (Assmann, 2006, pp. 217-218). La novela *Malos presagios* muestra un intento ficcional de fusionar ambos aspectos que acaba fracasando, al menos como proyecto institucionalizado. Sin embargo, más allá del planteamiento de un intelectual preocupado por los cambios geopolíticos de finales de los ochenta, no podemos descartar que el sueño último de una parte considerable de los refugiados fue a lo largo de toda su vida el de retornar. Aunque fuera para morir, o incluso tras la muerte, el retorno implicaría cerrar el círculo de despropósitos que se había abierto en los años cuarenta. Con la desaparición de aquella generación, la cultura vinculada los antaño territorios alemanes en el este de Europa, así como la experiencia de la huida y la deportación se desvanecen irremediamente (Faulenbach, 2002, p. 53). Diversos elementos tratan de mantener viva la imagen de estos hechos en la memoria cultural de la sociedad alemana, sin embargo, como parecía indicar la novela *Malos presagios* parece que todos los caminos conducen irremediamente a la inhumación de aquellos recuerdos. Sea cual sea la tierra donde se lleve a cabo el enterramiento¹⁹.

A juzgar por la persistencia de la imagen de los expulsados en su obra, Günter Grass no se desprendió a lo largo de toda su vida de aquella experiencia, deter-

a diferencia de otro tipo de vestigios como son los monumentos, permiten establecer una conexión que trasciende lo histórico-colectivo para apelar directamente a la propia historia familiar, pues allí reposan los restos y perduran a menudo los nombres de antepasados cercanos. En este sentido, el cementerio compite con la impresión que puede producir la visión de la propia casa natal, así como la calle o el colegio de los que se guardan también memorias muy íntimas.

¹⁹ Precisamente, los protagonistas de la novela que han promovido el derecho de cada individuo de ser enterrado en la tierra natal sufren un accidente de tráfico en Italia y será allí donde recibirán sepultura, pues la experiencia acumulada les ha llevado a cambiar de opinión y considerar que carece de sentido el traslado de restos por el que antaño abogaron (Grass, 1992, p. 267).

minante sin duda en la conformación de su identidad. Como él mismo reconocía en un escrito ensayístico que lleva por título *De la pérdida. Sobre la decadencia de la cultura política en la Alemania reunificada*:

La mayoría de mis libros conjuran el pasado de la desaparecida ciudad de Danzig, sus alrededores, tanto llanos como ondulados, el mar Báltico, con su débil oleaje; y también Gdansk se fue convirtiendo con el paso de los años en un tema del que necesitaba desembarazarme escribiendo. La pérdida me infundió elocuencia. Sólo lo que está perdido del todo reclama con apasionamiento infinitos nombres y provoca esa manía de llamar una y otra vez por su nombre al objeto desaparecido, hasta que comparezca. La pérdida como requisito previo para la literatura²⁰. (Grass, 2005, p. 766)

Para gran parte de los refugiados, como lo demuestra un deseo sostenido de visitar su tierra natal desde el momento en que la coyuntura internacional lo permitió, su lugar de origen seguía representando un espacio muy relevante en sus vidas. Pronto quedó claro que habían de descartarla como tierra de promisión, puesto que la política internacional había aplastado cualquier posibilidad en ese sentido. Así que no les iban a quedar más que los recuerdos, ligados estos a una tierra idealizada que seguiría vinculada a los tiempos anteriores a la hecatombe.

Referencias bibliográficas

- Anónimo (2008, 28 de agosto). Heimweh-Tourismus in Polen. *WeltN24*. Recuperado de www.welt.de/103986623.
- Assmann, A. (2006). *Der lange Schatten der Vergangenheit. Erinnerungskultur und Geschichtspolitik*. Múnich: Beck.
- Cífre Wibrow, P. & Martín Martín, J. M. (2013). Topografías de la memoria: el espacio como objeto de recuerdo. In M. M. Alemán (Coord.), *El discurso de la memoria en la narrativa alemana a partir de 1990* (pp. 261-297). Madrid: Síntesis.
- Díez Espinosa, J. R. & Martín de la Guardia, R. (1998). *Historia Contemporánea de Alemania*. Madrid: Síntesis.
- Faulenbach, B. (2002). Die Vertreibung der Deutschen aus den Gebieten jenseits von Oder und Neiße. *Aus Politik und Zeitgeschichte* B 51-52, 44-54.
- Felsch, C. (2015). *Reisen in die Vergangenheit? Westdeutsche Fahrten nach Polen 1970-1990*. Berlín: Walter de Gruyter.
- Frei, N. (2009). Procesos de aprendizaje en Alemania: el pasado nazi y las generaciones desde 1945. In I. Olmos & N. Keilholz-Rühle (Eds.), *La cultura de la memoria. La memoria histórica en España y Alemania* (pp. 89-106). Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.
- Grass, G. (1992). *Malos presagios*. Madrid: Santillana.
- Grass, G. (1999). *Artículos y opiniones*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Grass, G. (2003). *A paso de cangrejo*. Madrid: Santillana.
- Grass, G. (2005). *Artículos y opiniones (1972-1997)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Grass, G. (2007). *Pelando la cebolla*. Madrid: Santillana.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Premsas Universitaries de Zaragoza. [*Les cadres sociaux de la mémoire*, 1925]

²⁰ Pertenece a una conferencia pronunciada en 1992 en el marco del programa “Charlas sobre Alemania” en Múnich.

- Kossert, A. (2008). *Kalte Heimat. Die Geschichte der deutschen Vertriebenen nach 1945*. Múnich: Siedler.
- Loew, P. O. (2011). *Danzig. Biographie einer Stadt*. Múnich: C. H. Beck.
- Maldonado Alemán, M. (2006). *Günter Grass*. Madrid: Síntesis.
- Noack, H.-J. (2002). Die Deutschen als Opfer. *Der Spiegel*, 13/2002, 36-39.
- Von Oppen, K.; Wolff, S. (2006). From the Margins to the Centre? The Discourse on Expellees and Victimhood in Germany. In B. Niven (Ed.), *Germans as Victims* (pp. 194-209). Hampshire & New York: Palgrave Macmillan.
- Schmidt, Th. E. (2002). Ostpreußischer Totentanz. *Die Zeit*, 08/2002.
- Schmitz, H. (2004). *On Their Own Terms. The Legacy of National Socialism in Post-1990 German Fiction*. Birmingham: The University of Birmingham Press.
- Schreiber, H. (1977). Das Verlangen nach Herkunft. *Der Spiegel* 34/1977, 150-151.
- Schwartz, M. (2003). Tabu und Erinnerung. Zur Vertriebenen-Problematik in Politik und literarischer Öffentlichkeit der RDA. In J. Danyel & Ph. Ther (Eds.), "Flucht und Vertreibung in europäischer Perspektive". *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 51 (I), 85-101.

Resumen

Los millones de alemanes que fueron expulsados de sus regiones de origen al final de la II Guerra Mundial establecieron una particular relación con aquellos territorios. Conscientes en la mayoría de los casos de que el retorno era imposible por la nueva coyuntura geopolítica, muchos se conformaron con llevar a cabo viajes a su antigua patria que sirvieron para alimentar su nostalgia, así como para corroborar o desmontar una idea mitificada que habían construido. El recuerdo del pasado que tienen los desplazados se corresponde frecuentemente con una imagen idealizada que olvida el modo en que las circunstancias se fueron deteriorando desde 1933, como si hasta la derrota final nada allí hubiera alterado su rutina serena. No da muestras de esta descontextualización el escritor Günter Grass, él mismo originario de Danzig y convertido en desplazado: en su obra incluye reiteradamente este aspecto tan determinante para millones de sus compatriotas. Particularmente a partir de 1990, con los cambios que experimenta Europa tras el fin de la Guerra Fría, abordará la cuestión de una manera más explícita, entre otras en su novela *Malos presagios*, donde plantea de forma irónica el derecho de cualquier europeo a ser enterrado en la patria de la que hubiera sido expulsado. Precisamente, los cementerios alemanes en Polonia representan una prueba fehaciente de que en otro tiempo gentes diferentes habían habitado allí, así como un puente para los desplazados y sus descendientes hacia la tierra que pervive en la memoria.

Abstract

Millions of Germans who had been expelled from their homeland at the end of World War II established a distinct relationship with those territories. Most of them were aware of the impossible return because of the new geopolitical situation, so they settled for trips to the former homeland. That fed their nostalgia and served to corroborate or dispel the mythicized idea they had created. The memories of the refugees are usually an idealized image, which dismisses how circumstances worsened since 1933, as if nothing had altered their peaceful routine until the final defeat in 1945. The writer Günter Grass, originally from Danzig and a refugee himself, does not show any sign of this decontextualization. In his work, he repeatedly addresses this issue, which is so decisive for millions of his compatriots. Particularly after 1990 and the changes inherent to the end of the Cold War, Grass deals with this topic in a more explicit way. For example, in his novel *The Call of the Toad*, he proposes ironically the right of every European to be buried in the homeland from which they were expelled. Precisely, German cemeteries in Poland are strong proof of the existence of different people in that place in a different time. Cemeteries also represent a bridge for refugees and their descendants to the land that remains in their memory.